

Con Los Montes por los Montes. Hasta Horcajo.

A *Pedrito Leblí*, que será buen monteño y, además, sólo porque sí dice tres donde cuenta dos.

Juan José Fernández Delgado

I

Tengo los ojos llenos de naturaleza, de colores y olores y de sabores consabidos, de campo abierto con horizontes lejanos y sólo cercados por sierras brillantes por la nieve... El autobús toca el abigarrado *Cerro de los Palos* y su resonante chatarrería entre trincheras belicosas de la guerra civil; cruza Argés, que clama por su histórica plaza de toros, y persigue a Layos entre almendros generosamente florecidos y acicalados olivares. Y Pulgar, anunciado por compañías de vides prometedoras en honor de su nombre que, procedente del latín POLLICARIS, viene a decir en lengua de Cervantes “parte del sarmiento que con dos o tres yemas se deja en las vides al podarlas para que en ellas broten vástagos”.

El horizonte se ha ensanchado y aparecen los perfiles serranos de San Pablo de los Montes, la silueta del castillo de *tres Hermanas* levantada como un deseo, el lomo ancho y umbrío de la Galinda, el pico de Layos y la sierra de Noez..., todos cubiertos de manchones nevados que los hacen resplandecer con los primeros apuntes del sol sobre hondones y pedrizas. El nombre ronco y áspero de Cuerva, y los Lasso de la Vega y la Escuela de gramáticos, estudiosa y ejemplar que fue y hoy yace, con el castillo, por los suelos. Pronto aparece el granito y las arrogantes piedras caballeras por los alrededores de Ventas con Peña Aguilera, y la espadaña de la ermita y un tesonero molino de viento sobresaliente entre peñascos. Y este ancho pueblo enseña sus trabajos de cuero en el filo de la carretera, y su farmacia de sangrientos recuerdos de posguerra, y sus históricas escuelas, y... Se asoma también a la ruta la placita de toros de Santiago del Castillo con indelebles recuerdos que, ¡ay!, vienen a asegurar que en los nidos de antaño ya no hay pájaros. Pero allí escribí una página de mi biografía que antepongo al más alto peldaño logrado en la universidad: ¡Oh qué y cuánta emoción!, ¡qué y cuánta juventud!, ¡y cuánta afición y arrojo inconsciente! La saludo con una sonrisa, recojo la vista en el vientre del autobús y me digo: en aquella fuente ya no fluye el generoso y entusiasta manantial...

Por estos lares ha llovido si no lo suficiente y deseado, sí con decisión, pues brillan charcos de agua en las cunetas y brotan manantiales entre las grietas de la pizarra; y más adelante, buscando el Puerto del Milagro la ruta se estrecha por veces, se retuerce entre curvas ascendentes y se estira en valles profundos y abiertos hasta el final del horizonte, probablemente hasta el Congosto y el castillo de Guadalerzas. Una de las curvas presenta a San Pablo, San Pablo de los Montes extendido en la elevada planicie que le aupó al puesto más alto de los pueblos de Toledo, pero a los pies mismos de sus señeros montes. Sobre un acantilado, a mano izquierda de la ruta, asoman los cómodos recintos que acogen a los romeros venteños el primer domingo de septiembre, que acuden para cantar a la Virgen del Águila en la ermita de su nombre; mas, sobre ellos se divisan los muros desvencijados del castillo, la forma cuadrada de una torre-atalaya y parte de la antigua cerca medieval que mandara levantar el arzobispo Jiménez de Rada en sus afanes repobladores. En los aledaños del castillo y de la ermita nace el Milagro que, al poco de dar fe de su existencia, encuentra al Bullaque y juntos se dan al Mar de los Montes... Y camino de Retuerta se abren hojas anchas sembradas de cereal, y montes

trepados por la jara y el matorral, y más charcos de agua en las cunetas pidiendo a las nubes que manden más, más agüita; y vegas, y rañas rojizas y pedregosas estiradas entre encinares. Ahora, el Bullaque muestra su tesón y su coraje para logar su verdadera razón de existir, que no es sino la de tributar al Guadiana: sí, la Torre de Abraham certifica que el río cae en el Mar de los Montes, pero también que lo cruza con voluntad ciega y, desasosegado, persigue las hoces y el curso del Guadiana por las lindes de las tres provincias, Toledo, Ciudad Real y Badajoz.

Una extensa raña poblada de viejas encinas y de otras miles repobladoras de truchas se abre a ambos lados camino de Retuerta del Bullaque. Bien es verdad que, a la izquierda de la ruta, las encinas se cuentan solitarias, como tesoneros testigos de densos encinares que por aquí se alzaban hasta los tiempos de la Mesta, en que fueron talados para gloria de la agricultura. Al fondo, por el norte y oeste, macizos coronados por crestones y reseñados con casqueras o pedrizas debidas a su vejez y a la erosión inclemente y constante de la lluvia, del tiempo... Rebaños de ovejas se extienden entre el verde de los pastos, y manadas de ganado vacuno y de toros bravos pacíficos y desafiantes al mismo tiempo se ofrecen por vecinos: un ternerillo mamón ejercita su bravura embistiendo al penacho de un cantueso. Encinares y encinas con gallardos nidos de cigüeñas negras, alcornoques desnudados, robles trepados por el líquem a la derecha de la ruta, y montes de dorsos pelados en los que la nieve sólo se insinúa en forma de polvo blanquecino. Fresnos, tejos y abedules al cruzar el arroyo. Un águila planea entre la ladera de la sierra y el encinar, y dos cigüeñas atisban los movimientos de la laguna y acechan con el filo de su pico.

El autobús gana Retuerta y una *puñalá* cercena la ruta con un letrero absurdo bendecido por politiquillos de tres al cuarto: se trata de una silueta de Don Quijote cabalgando sobre *Rocinante*, al que saludo con respeto y agradecido, y mucho más lo haría en otros confines más oportunos. Pero debajo de la destortalada silueta quijotesca se lee la intencionada leyenda de “Por los Campos de La Mancha”. ¿Qué tienen que ver estos escenarios bravíos anclados en pleno espacio monteño y en el corazón mismo del Parque de Cabañeros con La Mancha? ¿A qué ese estúpido afán de confundir, difuminar, tergiversar la terca e imperiosa realidad histórica? Cruzamos entre sus dos cementerios sin encontrar ni un alma andante: la única nota de vida la ofrece la torre de la iglesia reseñada por más de ocho nidos de cigüeña, y el autobús la emprende hasta Horcajo, Horcajo de los Montes por una carretera que divide el inmenso parque en dos mitades, entre la Sierra de Castellar de los Bueyes y las estribaciones de la de Valfuertes, y en Horcajo...

II

Parada y fonda en Horcajo.

Y ya en Horcajo pregunto a qué obedece este topónimo popular que sugiere sogas y vigas malintencionadas, y me explican que el nombre del pueblo encuentra su justificación en los dos frondosos valles en forma de *horca* que origina la confluencia del Estena y el Rubial. Y ya tranquilo y despreocupado me sumo al grupo, y entramos en una antigua almazara convertida en aula didáctica que explica, mediante carteles apoyando las diversas piezas del molino, la técnica de la molienda de las aceitunas y del prensado, y en original restaurante. Subimos de nuevo al estómago del autobús y nos lleva a la Ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, con sólo sesenta años de edad.

Se alza en un despejado cerro, que todos de Horcajo conocen como Sierra de los Moros, y convertido en envidiable balcón enseña una panorámica prodigiosa de Cabañeros, de sus

montes y de los pueblos que le conforman y delimitan. Y valles anchos y densos cubiertos de brezo y jara ya florecidos, por tomillo, romero y matorral; y valles empinados por cerros y oteros que quedan en lo hondo, al fondo de nuestros pies, y por amplias láminas, bien sembradas de cereal, bien dadas al viñedo, bien dejadas en pastizal. Al fondo, cerros y lomas vestidos de azul difuso; y pueblos resaltados entre la fronda vegetal por motitas blancas que se dicen habitáculos humanos. Aquí abajo, Horcajo, ancho y estirado y vestido de blanco y puntualizado por la espadaña de la iglesia cuya campana, años atrás, carecía de badajo. En el llano del pueblo destaca el verde del campo de fútbol...

La ermita es moderna, pues se inauguró a mediados de los años cincuenta, y como el común de todas ellas, es pequeñita. Su fachada exterior está cubierta de pizarra del lugar profusamente veteada con formas aparatosas unas y muchas, aparentemente, con dibujos trazados a tiralíneas y compás. La entrada se resalta con un pináculo triangular que insinúa una quilla invertida, en cuyo interior y con la misma forma, hay un estupendo mosaico coronado por la imagen de la Virgen morenita con el Niño y debajo motivos abstractos, entre los que destaca una figura humana en actitud ofertante, pues sobre sus manos se entrevé un cáliz. Dentro, está la imagen de tamaño casi natural, y en las vitrinas que recorren las dos paredes muestran vistosas casullas y ropas de oficiar.

Junto a la ermita hay un gran edificio que, en la década de los años sesenta era un albergue utilizado por el Frente de Juventudes y ahora, según leo, se utiliza como Aula de Interpretación de la Naturaleza. Reparo en sus alrededores y me lleno de olores reales y presentidos: del olor de la generosa jara que ha adquirido el tamaño de árbol fornido, y del tomillo, y de colores: del brezo, del tomillo, de la retama y cientos de verdes camperos, y el azul impoluto del cielo..., y de presentidos sabores: de madroños y del tomillo salsero...

Y estos olores y esos sabores presentidos y, sobre todo, el curso de la hora azuzaron las ganas de comer; y para dar cuenta de productos monteños aderezados con mano diestra y regalarlos con caldos del país de los Montes, nos acomodamos en el restaurante “El Álamo”. Sólo diré que el venado en salsa confeccionada con especias de los alrededores estaba sabrosísimo, blandecito, tanto que quería deshacerse en la boca, y muy jugoso... Y de postre...

Después de comer... Después de comer no hubo tiempo para recorrer el pueblo, ni para visitar la peculiar iglesia parroquial de San Pedro y comprobar si su campana ya cuenta con badajo, ni para hablar con los lugareños de la afamada fábrica de harina de Horcajo, pues repartía el polvoreado producto por muchos pueblos de Ciudad Real y de Toledo y, por ello, fue muy visitada por los maquis; tampoco visitamos la colmena viviente instalada en el museo etnológico por estar cerrado... Así, después de comer fuimos andando al Centro de Visitantes del Parque Nacional de Cabañeros, inaugurado a finales de octubre “y casi alcanzan ustedes el número seis mil de visitantes, dijo Pilar con entusiasmo. ¡Fíjense, en sólo tres meses y pico seis mil visitantes!”.

-Es el más grande del parque –continuó-, y se asienta sobre unos 18.000 metros cuadrados, entre aparcamiento, salas de proyección, biblioteca, cafetería, etc., y una quintería en la que se muestra la cultura y las tradiciones de la comarca monteña. Pero el terreno dedicado a la muestra de los diferentes ecosistemas de Cabañeros a lo largo de las cuatro estaciones es de unos 4.000 metros cuadrados.

-¿Y por qué se eligió Horcajo para montar aquí este impresionante centro? Porque supongo que los demás pueblos del parque...

-Sí, tiene razón. Los demás pueblos también querían ser sede del Centro, pero se adelantó la corporación municipal de Horcajo ofreciendo el terreno suficiente para que se instalara aquí. Y esa fue una razón muy importante.

Está todo él construido con material del lugar: distintas clases de pizarra, sobre todo, y

otros materiales propios de la zona, y pulcramente cuidado, mimado se puede decir. Y espaciosidad, y luz, y holgura por todas partes, y amplitud de las salas, y comodidad en las salas de proyección. Así pues, en distintas salas y con apoyo de abundantes elementos de multimedia, se explica la evolución y la diversidad de la fauna y la flora del parque: la raña, por ejemplo, se enseña con abundantes fotografías impresas en metacrilato combinadas con recreaciones de estampas típicas rañeras. Espectacular resultó la proyección de un documental sobre la berrea, para la que debimos usar unas gafas especiales que, a su vez, provocaban la sensación de estar entre los mismos animales; y mediante un diorama conocimos la influencia y transformación del hombre en el parque: sus habitáculos, su forma de vida, de alimentarse. Y acomodados en los respectivos asientos del auditorio, la pantalla va mostrando numerosos detalles del entorno, de manera que surge la confusión entre la realidad virtual con la realmente real que se divisa más allá del gran ventanal que está detrás de la pantalla: sí, imágenes, escenas y escenarios del parque se han introducido en la pantalla a través del cristal del ventanal o, por el contrario, que a través del ventanal se han escapado las escenas del proyector para esparcirse y perderse por los furos de la raña próxima y visible.

En otra sala, en la quintería, un documental y varios paneles explican la tarea del descorche del alcornoque, labor ésta que sólo cuanta con pocos años más de doscientos; y la diferencia entre los frutos de la encina, del roble, del rebollo..., aunque a todos ellos se les llame bellotas. Tanto a la entrada al Centro como en algunas salas, varias cámaras instaladas en nidos de águilas o cigüeñas daban cuenta instantánea y al vivo de la evolución de los pájaros en su hábitat...

Así pues, espectacular resultó la visita a este Centro que de manera tan cómoda, tan limpia y tan exhaustiva ilustra a tirios y troyanos –a estudiantes, gentes urbanas desconectadas de la vida rural y zoológica, excursionistas, entendidos y deseosos de conocer más o mejor todo ello-, lo que añadido a la amabilidad de Paco, de la vicealcaldesa y de las explicaciones de Pilar anotan el día de ayer de manera muy subrayada en el calendario.

III

El regreso... En el regreso Fermín, el conductor, tuvo a bien deshacer las curvas que antes había trazado hasta dejarnos en el parque de Santa Teresa. Pero hasta ese momento, la tarde se mostraba espectacular jugando con colores de fuego, con colores de azul-tinta y azul celeste y morados de varios tonos y volúmenes, y con amarillos pálido y otros amarillos hechos oro bruñido; y las sombras de los árboles se cruzaban en la calzada, y la espesura del monte se aprestaba a desplegar su manto... Sólo vi dos cigüeñas, pacientes y tesoneras, en medio de una charca esperando su ocasión. Después, la noche cerraría todas las puertas, y la vida del bosque quedaría adormecida, pero vigilante y latente.